

OSCAR ECHEVERRI MEJÍA

EL SILENCIO CAMPESINO DE
JORGE ROJAS

JORGE ROJAS mantiene su prestigio de poeta sereno y claro, el menos "piedracielista" de su grupo. Sin embargo, Rojas ha defecionado últimamente, pues se ha dedicado a las tareas agrícolas en forma amorosa, con olvido casi total de sus tareas literarias, al menos de la publicidad de las mismas, si es que trabaja en poesía actualmente.

Rojas, nacido en 1911, ha publicado hasta ahora *La forma de su huida* (1939); *La ciudad sumergida*, en el mismo año; *Rosa de Agua* (1941); *Soledades* (1948), todos libros de versos; y también en 1948 *La Doncella de Agua*, teatro. Por los días de la irrupción de *Piedra y Cielo*, Rojas —en un alarde de mecenazgo editorial casi desconocido en el país— editó unos cuadernos que llevaron el título general del grupo, en los cuales aparecieron las primeras producciones de sus componentes, y que hoy constituyen una joya bibliográfica.

Después de una obra tan nutrida; después de haber sido un poeta activo durante doce años, Jorge Rojas se ha silenciado inexplicablemente, con detrimento para la poesía colombiana. ¿Cómo explicar que un poeta nato, un hombre que vivía "en olor de poesía", como Rojas, abandone de repente su íntima vocación, casi su razón de existir? Yo he pensado si será que el poeta —nacido en una de esas villas boyacences que se confunden con el campo— ha sentido la necesidad de volver al agro. Si será que la tierra con sus manos invisibles y poderosas de savia y aroma, lo ha atraído de nuevo a sus surcos. Porque lo cierto es que Rojas está dedicado a sembrar —como cualquier campesino de su Boyacá— desde cuando abandonó (¿hasta cuánto?) la poesía. O quién sabe si para Rojas el arar y cultivar la tierra sea la verdadera poesía... Quién sabe si el poeta se ha vuelto místico y diga con Fray Luis de León:

*Del monte en la ladera
por mi mano plantada tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.*

No hay que olvidar que él mismo nos habló de su vocación telúrica en su poema *Salmo de los árboles*, cuando dice:

*Si quieres acercarte más a mi corazón
rodea tu casa de árboles;*

o cuando exclama:

*Y cuando esté maduro el silencio del bosque
pártelo como un fruto, pronunciando mi nombre.*

Como quiera que sea, yo creo que Jorge Rojas volverá a cantar. No es posible que quien transmitiera ayer el misterio de la belleza a los hombres, por medio de ese don divino que Dios entrega a los poetas, calle ahora y se guarde ese sinnúmero de "revelaciones" que todo poeta recibe casi a diario. Yo cumplo con mi deber de colombiano y amante de la poesía, al denunciar este hecho insólito del silenciamiento de un gran poeta. Y voy a dar una ligera idea del valor estético de su poesía, extractando algunos versos de Jorge Rojas.

Empezaré por cuatro estrofas del poema *Corazón*, perteneciente a su primera época, la más audaz, pero la más acusadamente "piedra-cielista":

*Como una gota que dejara el agua
entre los bordes de una abierta flor
era mi vida, se movió la rama
y fue mi corazón.*

*El llanto sin motivo que no sabe
si es huella del rocío que cayó
puso un poco de sal entre su cauce
y fue mi corazón.*

*Y en proyección de círculos concéntricos
solo, sin pez, ni mar, ni caracol,
contra mi pecho se golpeó tu pecho
y fue mi corazón.*

*Como un rosal que me azotara el cuerpo
dentro de mí, temblando allí el amor,
puso su espina, desató su viento
y fue mi corazón.*

De igual época estas cuatro estrofas del poema *Cartel de Amor*, leídas al azar:

*Porque saben que has vuelto, ya quieren separarnos,
como si no bastara el dolor de la espera.
No ven que aún tengo llanto sin llegar a los mares
y ha habido tiempo apenas para decir que te amo.*

*Deja que nos rodeen para poder mostrarles
los huesos de mi cuerpo, donde creció tu nombre
como hubiera crecido grabado en la corteza
de árboles que fueran regados con mi sangre.*

*Enséñales los brazos para largas distancias.
Esos que hemos echado como nudos el cuello
sobre el ahogado grito de cada despedida
y el silencio que sigue a la última palabra.*

*Diles cómo tus manos me ocultaron la muerte
cuando segó mis campos su bandada de hoces
cuando larvas de hielo trozaron mis raíces
y el llanto no cabía debajo de los puentes.*

Luego en un estilo personal, que denuncia ya al poeta de sus más recientes obras, habla de su ciudad natal, Tunja, a la que llama "Ciudad Sumergida", y dice en alguna parte:

*Y una alta claridad fosforescente
me destaca la mole sumergida
de una ciudad mecida en mi corriente.*

*En sillares de espuma, sostenida,
su leve arquitectura volandera,
se alza como llama estremecida.*

*Un soplo azul como una enredadera
de agua, la sacude y la desata
como una alborotada cabellera.*

*Hecha bosque de viento, se arrebatata
de rumbos su violenta arquitectura
y trémula en las ondas se recata.*

*Se arremolina y vuélvese más pura
su lograda materia, remolino
parece de palomas y blancura.*

*O vuelta fácil rombo y alto pino
de humo, la absoluta estalagmita
tiene la suelta ondulación del lino.*

En *Submar*, el mediterráneo poeta suspira por el desconocido y apenas intuido océano:

*Será como el dolor ante los ojos
de enorme el mar? Me quedaré suspenso
ante el rumor de sus profundas aguas
y extenderé en sus playas mi silencio?*

*Cómo serán los puertos? Habrá velas
ensayando verónicas al viento
redes al sol, y mudas agonías
de pescados sin mar en los anzuelos?
Tendrán los besos yodo y el abrazo
será también enredador y lento
como trampa de lianas en lo oscuro
de algún oscuro cabaret del puerto?*

*Habrá un enorme medio-sol al fondo
y gaviotas de espuma?, o el recuerdo
que tengo de las cosas nunca vistas
será mejor que el mar y que los puertos?*

En *Salmo de la triste desposada*, Rojas se torna romántico y canta al oído de su amada:

*Y empujaré tu sangre hacia atrás
para verte de quince años y comiendo cerezas.*

*Yo soy el que tú, de niña,
habías oído navegar entre los caracoles.*

*El que refería cuentos de azúcar a las naranjas
cuando volvías de jugar al aro.*

Y más adelante:

*No entraremos a las ciudades ni a los templos
para que no haya hechura de hombre entre la piel y Dios.*

*Será el regreso para aquel hijo mío
que está perdido desde el principio del mundo.*

*Cuando acunes los brazos y te doble el arrullo
el mimbre pensará que sobra en las riberas.*

Uno de los poemas de más aliento de Rojas, del cual sólo podré copiar algunas estrofas por falta de espacio, es su *Parábola del Nuevo Mundo* en el que canta el descubrimiento de América en palabras que son himno y égloga:

*Oh, San Christóforo Colombo! igual a Moisés te contemplo
dando la ley a los abismos con sólo mandato patético;
buscándoles signos y nombres a las serpientes y a los lirios
como en la mañana cuando el Padre Eterno los hizo.*

*Yo te distingo en tu vitral entre el asalto de los perros
y princesas de arcilla virgen pagando el diezmo de su cuerpo
entre un coro de papagayos repitiendo en voz alta "Santo!"
y jaguares y golondrinas viniendo a comer en tu mano.*

*O atado al mástil que mandabas y que los vientos dismantelan,
sin más aparejos la nave que la furia de la tormenta,
bajo el halo de los relámpagos los huracanados cabellos,
encadenado Prometeo, al furor de los elementos.*

*Oh, San Christóforo Colombo! en ti se reúnen los mitos
como se juntan en el mar todas las ondas de los ríos.
Potente Tauro que trajiste sobre las aguas procelosas
cándidas nieves soleadas entre los nardos de la Europa.*

*Oh, San Christóforo Colombo! santo patrono de América,
coronado de verdes lianas y desposado de cadenas,
con un pie sobre tus pecados y sobre el hombro una paloma
y cruces de crucificar entre la mano portadora.*

Cuando un poeta calla, la creación se suspende parcialmente. Un poeta es tan necesario a la armonía del mundo como la más remota estrella, como el más cercano arroyo. En rigor, un poeta es más importante que un banquero; el receso de este último no afecta al universo; el del poeta lo menoscaba. La desaparición de un poeta es tan fatal como la de una constelación.

Jorge Rojas debe volver a la luz del verbo; su destino es el canto, la creación diaria de las cosas, la traducción —por medio de la lengua universal de la poesía— del misterio que nos envuelve. Jorge Rojas, rodeado de pinos y eucaliptos en su retiro campesino del sur de Bogotá, cultivando flores y trigo, apacentando ganados y días, reaparecerá muy pronto con las manos llenas de poemas, como regresa el hombre humilde —al atardecer— repleto de frutos de su tierra.